

separaban en vez de avanzar en una sola masa, sin embargo, ellos creían marchar unidos porque, si bien Blücher bajaba por el Marne y Schwarzenberg por el Sena, en dirección á París, por el intermedio Aisne discurría otro cuerpo de tropas destinado á servir de lazo á uno y otro cuerpo. Pero los aliados contaron sin Napoleon y éste, inquietando los flancos de Blücher y Schwarzenberg, logró que fueran estos separándose cada vez más, lo que le permitió dejar á Víctor y á Oudinot enfrente de Schwarzenberg y correr al socorro de Macdonald que iba retirándose de delante de Blücher Marne abajo sobre París.

Encontró Napoleon á Blücher en Château-Thierry

que llevaba sus divisiones muy depuradas. El 10 de Febrero destruía en Champ-Aubert al general ruso Olsonwieff, el 11 batía en Montmirail á otro cuerpo ruso, al del general Sacken; al día siguiente en Château-Thierry ahuyentaba con grandes pérdidas al cuerpo prusiano de York á quien se habían unido los restos dispersos de Sacken, y en fin, dos días más tarde, el 14 de Febrero, daba alcance á Blücher mismo en Vauchamps batiéndole y dispersándole á su vez. Todas estas victorias le valieron diez y ocho mil prisioneros que hizo desfilar por las calles de París, que por un momento pudo creer que habían vuelto los días gloriosos del imperio.



Batalla de Laon

Pero ya lo hemos dicho, la desigualdad de las fuerzas eran tantas que el enemigo que se creía destruido hoy, se presentaba de nuevo amenazador y terrible mañana. Víctor y Oudinot no habían podido nada contra Schwarzenberg, cuyas avanzadas llegaban ahora á Provins, Nangis y Fontainebleau.

Napoleon corrió ahora al encuentro del general austriaco dejando á Marmont y á Mortier enfrente de Blücher, llevándose el cuerpo de Macdonald. Sesenta mil hombres iba ahora á reunir bajo sus órdenes, y como si Schwarzenberg temiera el choque recibió en camino una proposición suya de armisticio, Napoleon no contesta, espera que una nueva y más sorprendente victoria que la que acaba de obtener sobre Blücher, le permitirá imponer la paz.

En Montereau el 18 de Febrero, acaba el combate que estaba librando desde el día anterior á los austriacos, causándoles doce mil bajas. Para más enardecerle, para más cegarle y perderle la fortuna, recibe en Montereau la noticia de que Eugenio á

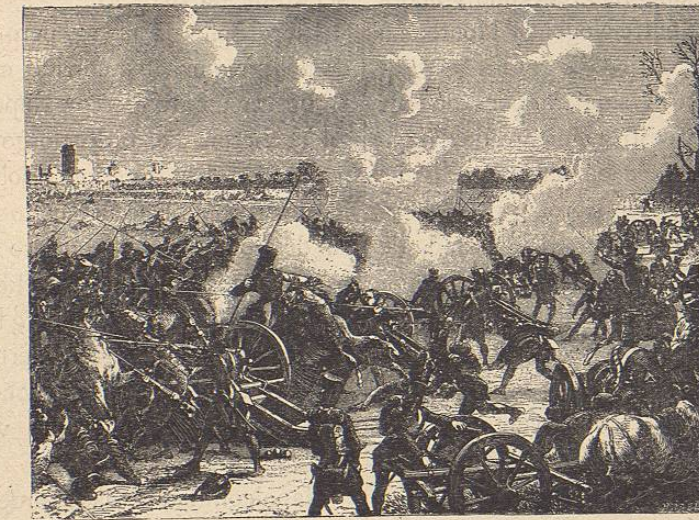
obtenido en el Mincio una señalada victoria sobre los austriacos, ya ve á su hijastro camino de Viena, ya no piensa en lo que puede resultarle por la traición de Murat, y le expide contraorden, ya no le quiere en Francia, sino avanzando.

Schwarzenberg después del combate de Montereau se pronunció en abierta retirada hacia Mery á donde procuró adelantarse Napoleon encontrando, en efecto, allí al enemigo, pero no al príncipe austriaco, sino á Blücher. Este intrépido viejo animado por todo el furor teutónico, reforzado por las tropas frescas que habían llegado del Rhin, estaba allí con cuarenta y cinco ó cincuenta mil hombres. Apercebido Napoleon, marcha entonces sobre Troyes y allí da con Schwarzenberg que amenaza con incendiar la ciudad si se le ataca, pero ofreciendo evacuarla si se le deja salir, lo que ocurrió el día 24 de Febrero.

Schwarzenberg continuó retirándose, huyendo de Napoleon, hacía el alto Marne por Chaumont y

Langres, pero esta alarma no podía ser mas que pasajera, era un momento de terror pánico producido por el temor personal de Napoleon, cuya sola presencia en un campo de batalla atolondraba á sus enemigos, y quién sabe lo que hubiera pasado á no estar en el ejército el inflexible Blücher, que pidió y obtuvo que se le reforzara con dos cuerpos de tropas destinados al de Bernadotte que aún estaba lejos para atacar por la espalda á Napoleon, mientras Schwarzenberg le hacía frente. Esto es lo que se resolvió en Chaumont y nada pinta tan á las claras el pavor de los aliados como el tratado mis-

mo firmado en 1.º de Marzo en dicha ciudad y por el cual, Inglaterra, Rusia, Austria y Prusia, se comprometían á sostener, hasta el final de la guerra, cada una, un ejército de ciento cincuenta mil hombres. Inglaterra además se comprometía á suministrar un subsidio anual de ciento cincuenta millones que se repartirían entre los tres aliados. Terminada la guerra, no por esto se disolvía la coalición, pues durante veinte años subsistiría, obligándose cada una de las partes á dar á la que fuera atacada por Francia un contingente de cincuenta mil hombres. Tal fué la obra de Castlereagh por la que se creyó poder



Batalla de Paris, en Vicennes



destruir el poderío napoleónico, que aún tuvo un momento por salvarse, pues los aliados le dieron aún un plazo para que aceptase el armisticio que se le había propuesto bajo la base de aceptar para la paz las fronteras de 1792. Pero en este momento Napoleon se creía y se veía vencedor y la paz la quería él dictar.

Blücher, después de reforzado, avanzó en vez de seguir retirando, que esto es lo que ahora debieron hacer Marmont y Mortier á quienes corrió á sostener Napoleon, dejando delante de Schwarzenberg á Oudinot, Macdonald y Gerard, esperando renovar á expensas de Blücher las mismas operaciones que tan caras le habían costado, y, en efecto, principiaron bien, pues cogiéndole de flanco sobre el Ourcq, en donde le habían detenido Marmont y Mortier luego que hubo pasado el Marne por la Ferte-sous-Jouarre, le fué llevando atropelladamente del Marne al Asine hacia Soissons, en donde debían unirse los cuerpos del prusiano Bulow y del ruso Winzin-

gerode, quienes, en efecto, estaban ya allí, consiguiendo con sus amenazas, el 3 de Marzo, apoderarse de la plaza, verificándose la unión de los tres generales el 4 de Marzo, la que le daba á Blücher cien mil combatientes contra cincuenta y tantos miles que á lo sumo llevaba Napoleon, quien se veía perdido en el momento mismo en que creía iba á aplastar á su porfiado enemigo.

Ahora le tocaba á Napoleon batirse en retirada, como lo hizo en las alturas de Craonne, de donde hizo salir á los soldados de Blücher que querían detenerle, 7 de Marzo, pero no fué tan afortunado en Laon, no porque las fuertes posiciones de los aliados fueran inexpugnables á sus soldados, como lo probó el combate del primer día, sino por haberse dejado Marmont sorprender durante la noche, haciendo imposible la dispersión de sus tropas la continuación de la batalla, 10 de Marzo, tomando empero la revancha sobre el cuerpo pruso-ruso que mandaba un emigrado francés Saint-Priest frente de

quinientos mil hombres que había entrado en Reims, que fué aniquilado por completo, perdiendo su jefe la vida, 13 de Marzo, pero este triunfo no detenía el avance de Blücher y en Blücher estaba el peligro.

Mientras esto le pasaba á Napoleon, los mariscales, á quienes había encargado que contuvieran el avance de Schwarzenberg, iban retirándose, viendo igualmente inútil el triunfo que Oudinot obtuvo en Dolancourt al frente de los soldados que habían regresado de España, 27 de Febrero, pues, qué habían de hacer los mariscales contra un enemigo que tenía cuatro veces más gente que ellos? Así, no les quedó más recurso que irse retirando y ahora los encontraba Napoleon entre Nogent y Montereau sobre el Sena.

Hasta aquí no se había ni siquiera pensado por parte de los aliados en el destronamiento de Napoleon. Solo se le quería poner en situación de que no pudiese hacer más daño en Europa, pero ahora iban á cambiar las circunstancias. Talleyrand, de quien ya conocemos la justa irritación que sentía en su pecho contra Napoleon, concibió la idea de restaurar á los Borbones, para tomar una completa venganza de sus agravios. Organizó sobre la marcha en París el Comité directivo, y valiéndose del duque de Dalberg, sobrino del último canciller del imperio de Alemania, y de un antiguo emigrado, del señor de Vitrolles, púsose en comunicación con los aliados, instándoles á que rompieran toda inteligencia con Napoleon, asegurándoles que tan pronto se acercasen á París, París se levantaría en favor de la restauración de los Borbones. Los aliados se dejaron convencer tanto más fácilmente cuanto que ya había espirado el plazo que se había dado á Napoleon, —18 de Marzo,— para aceptar el armisticio. En su consecuencia, se resolvió conforme al plan de Talleyrand, marchar sobre París.

Encontrábase Napoleon en Epernay, —17 de Marzo,— y allí supo como ya en Burdeos había sido destronado, anticipándose Burdeos á París. Esto sucedió á consecuencia de la batalla de Orthez en la que Wellington obligó á Soult á retirarse por el Garona á Tolosa dejando en descubierto á Burdeos, á donde se dirigió un cuerpo anglo-portugués, mientras el grueso de las fuerzas con Wellington iban al encuentro de Soult, quien nada podía hacer para defender á Burdeos. Esta ciudad, á la sazón muy realista, abrió las puertas á los ingleses, sus habitantes tomaron la escarapela blanca, y el día 12 de Marzo recibían con inmenso júbilo al duque de Angulema, hijo mayor del conde de Artois.

Esta terrible noticia dió nuevos bríos á Napoleon que se decidió á dar un golpe decisivo á Schwarzenberg antes de escapar al Este, pero el general austriaco adivinó el pensamiento de Napoleon y se concentró en Arcis-sur-Aube, reuniendo á su alrededor noventa mil hombres, cuando Napoleon se había temerariamente adelantado con algo más de veinte mil hombres, dejando atrás los otros cuerpos de su ejército, de modo que el gran capitán se vió obligado á defenderse en vez de combatir. Pero allí estaban la guardia con Ney al frente, y á Schwarzenberg le fué imposible acercarse á aquellos valientes que repasaron el Aube en la noche del 20 de Marzo.

Libre Schwarzenberg, pero concedor del gran peligro que había corrido, nuevamente se insistió en buscar un arreglo con Napoleon, pero á su cuartel corrieron Pozo di Borgo y Blücher, y éstos mantuvieron la anterior resolución de no tratar ya más con Napoleon. Resuelto desde este momento su destronamiento, Francisco II se retiró á Dijon para no presenciar en París el de su hija, y los demás soberanos con Schwarzenberg tomaron el camino de París que había dejado abierto Napoleon I, como más tarde lo dejara Napoleon III, temerosos uno y otro de que París al verles vencidos se había de levantar contra ellos.

Napoleon había dado orden á Marmont y Mortier á quienes había dejado entre Reims y el Aisne que fueron á unirse con él, que por Vitry y Saint-Dizier se dirigía á la Lorena, pero Marmont por segunda vez hizo erradas maniobras cuyo resultado fué el que entrambos mariscales fueran á dar en Fere-Champenoise en medio del enemigo, —25 de Marzo,— que les hizo sufrir un serio descalabro, no menor que el que sufrían los tres mil guardias nacionales que de París habían salido al mando del general Pachtod, que no se rindieron sino al emperador Alejandro, cuando ya sólo quedaban en pié algunos centenares de ellos. Franceses y aliados llegaron en su consecuencia unos tras otros á París el 29 de Marzo. En este mismo día salieron de la ciudad la emperatriz y su hijo en virtud de la carta que Napoleon había escrito el 16 á José, que formaba parte del Consejo de regencia, desde Reims, diciéndole que á toda costa se procurase que ni su esposa ni su hijo cayeran en manos de sus enemigos.

Si París en esas críticas circunstancias hubiese tenido otro jefe que Clarke, es seguro que hubiese resistido el tiempo necesario para ser socorrido por Napoleon, pero se le ocurrió hacer defender la ca-

pital en Romainville á donde envió á Marmont y en la llanura de Saint-Denis en donde puso á Mortier, en vez de encerrar á sus veintidos ó veintitres mil hombres dentro de París haciéndoles ocupar fuertemente á Montmartre, poniendo además en batería los doscientos cañones que Daumesnil tenía en Vincennes, pero se hizo lo contrario, se libró batalla campal con veintitres mil hombres con ciento setenta mil que lanzaron al asalto de la ciudad el príncipe de Wurtemberg, Barclay de Tolly y Blücher.

Marmont, á quien Talleyrand había procurado reducir la noche del asalto de París, se mantuvo firme y leal á su deber, en el que no supo perseverar el hombre á quien Napoleon llamaba su camarada de tienda, y Barclay de Tolly no pudo hacerle abandonar sus posesiones en Romainville el 30 de Marzo á pesar de su superioridad numérica, pero Mortier tuvo que ceder y el círculo de la defensa se fué reduciendo, batiéndose las tropas y los cadetes de la escuela politécnica en las barreras. Marmont se retiró en Belleville, pero al verse ya casi cortado se abrió paso á bayonetazos y se metió por el arrabal del Temple, á su vez Mortier abandonaba la Villete y se metía por la ciudad detrás de las barreras amenazadas por la parte de la de Clichy por donde atacaba un cuerpo ruso mandado por un emigrado francés, Langeron, y defendido por la guardia nacional. En este momento supremo el general Dejean se presenta á los combatientes pidiéndoles un esfuerzo más que iban á ser socorridos por Napoleon. En efecto, éste batió el 26 de Marzo el cuerpo de tropas ligeras que se había dejado en su regimiento y al saber la noche siguiente la marcha de los aliados á París se puso en marcha para la capital seguido de todo el mundo, pero á todo el mundo se adelantó en su impaciencia, mas al llegar á la avanzada que estaba en Fromenteau supo que en aquel momento estaban las tropas evacuando la capital.

Marmont y Mortier á quienes había autorizado el gobierno francés al salir de París para que capitulasen cuando creyeran salvado su honor, temieron con patriótico dolor una batalla de noche que podía ser de horrosas consecuencias, y, por esto, al caer la tarde se avistaron con el ministro ruso Nesselrode, ofreciendo evacuar á París, pero en modo alguno capitular, salvándoles su enérgica actitud. En su consecuencia, en la noche del 30 abandonaban la ciudad, saliendo en busca de Napoleon que concentraba en Fontainebleau todas sus fuerzas que aún subían á setenta mil hombres, llegando sus avanzadas hasta cerca de París, repasando el río Essonne las de una y otra parte.

Sabedor Napoleon de las posiciones que habían tomado los aliados de París, concibió el pensamiento de ir á darles la batalla en la misma capital, juzgando, y no sin razón, que estaban sobrado separados los tres ejércitos que la ocupaban para poder sostenerse en caso necesario. Comunicó este pensamiento á su ejército, y el irreflexivo soldado lo acogió con entusiasmo, pero el fatigado y ya desmoralizado estado mayor del ejército se preguntó con horror, qué sería de París debiéndose librar la batalla en sus mismas calles, y Napoleon tuvo que contar con su repugnancia. Consultados, pues, todos rechazaron el ataque, descorazonado el emperador y creyéndose ya traicionado les preguntó si es que querían vivir con los Borbones, y como el viejo Lefebvre y el valiente Ney le interrumpieran, acalorados, diciéndole que esto, jamás, que lo que ellos querían era el rey de Roma; Napoleon les despidió para luego, interin se quedaban para decidirse con Berthier, Caulaincourt y Maret. Llamó de nuevo, y á poco, á los mariscales; habíase ya decidido y aún cuando sin esperar que diera resultado su abdicación, les comunicó que siguiendo sus consejos abdicaba en favor de su hijo, anunciándoles que Ney, Macdonald y Caulaincourt quedaban encargados de ir á París para negociar lo relativo al restablecimiento de la Regencia de María Luísa, y como debían pasar por Essone autorizaba á los dichos para que enteraran á Marmont de todo y se lo llevaran consigo si lo creían conveniente.

Cuando Marmont recibió la visita de los tres generales, perdió la serenidad y les confesó su traición. Dijoles que había prometido á Schwarzenberg abandonar á Essone el día 5 de Abril, y llevar su ejército á Normandía á disposición del gobierno provisional que se había establecido en París, pero que él no había consentido sino á condición de que se respetaría la vida y libertad de Napoleon, á quien se daría un retiro conveniente á su pasada grandeza.

Macdonald y Caulaincourt le respondieron acerbamente hasta hacerle romper su compromiso, de lo que daría conocimiento en seguida á Schwarzenberg, marchando con los tres generales á París para negociar con ellos en favor del rey de Roma.

Alejandro les recibió con gran cortesía y no se mostró contrario á sus pretensiones, pero se dejó la resolución para el día siguiente, y el tiempo se volvió contra Napoleon, no porque los realistas y prusianos consiguieran decidir de plano á Alejandro, sino porque deseoso de aprovecharlo Napoleon traídoramente, el tiempo se volvió su enemigo.